SANTIDAD EN EL MATRIMONIO CRISTIANO

INDICE

1. Introducción
2. ¿Qué el matrimonio cristiano?
3. El amor- un camino para la vida
4. El matrimonio, camino de santidad
5. Cuatro dimensiones del matrimonio
6. Lo que nos dice la Palabra de Dios
7. Beatificación de un matrimonio cristiano en el 2001
8. Primer matrimonio beatificado

Con afecto, Felipe Santos, SDB

INTRODUCCIÓN

Vivimos un tiempo en el que, según datos del censo, más de la mitad de los matrimonios fracasan. Es común que los niños sean criados por un solo padre y que pocos no sean afectados por la disolución de un matrimonio. Sin lugar a dudas, el divorcio se ha convertido en una opción fácil para los matrimonios atrapados en la desilusión. Difícilmente escuchamos o leemos buenas noticias sobre el matrimonio en los medios seculares.

Sin embargo, hay buenas noticias sobre el matrimonio cristiano cuando se le ve claramente con ojos de fe. Instituido por Cristo,

conductor de la gracia de Dios, el matrimonio cristiano abraza todas las esperanzas de nuestra fe católica. El matrimonio es una jornada de conversión que da forma a los desposados y les llama a la comunión entre ellos mismos, con otros y con Dios. La jornada tiene un carácter de “Misterio Pascual” que une a la pareja casada con Dios.

Kathleen Hughes, hermana del Sagrado Corazón, explica:

> "¿Cuál es la jornada de conversión que celebra el matrimonio? ¿A qué faceta del misterio pascual se unen las parejas que deciden solemnizar su matrimonio por la Iglesia? ¿Por qué usamos las palabras “conversión” y “misterio pascual” para una experiencia tan gozosa, tan hermosa y tierna como lo es el enamorarse y casarse?"
>
> Dicho con simpleza, se usan esos términos porque amar y morir son sinónimos. Cada amar es un morir, un morir a su propio tiempo, confort, conveniencia, deseos, necesidades, preocupaciones, intereses. Cada amar es un morir a su propio interés y a su propio engrandecimiento en un acto de generosidad y entrega. Cada amar es un morir al egoísmo, un morir al “yo”, para que dos “yo” se conviertan en un “nosotros”.
>
> Cada amar implica una aceptación del otro, una sencillez de corazón, una mutualidad y un dar y recibir sin tomar ventaja. Y todo ello sucede no sólo cuando uno o el otro siente el deseo de hacerlo, sino también en lo diario y ordinario de cada día, y durante los periodos de mayor santidad en un matrimonio.
>
> Usamos los términos “conversión” y “misterio pascual” para hablar de la realidad del amor matrimonial y acerca de la mutua y eterna fidelidad, como testigo del firme amor de Dios, porque estas realidades necesitan ser dichas a las parejas de ojos brillantes, atrapadas en la primavera natural de la relación, en donde la vida abunda y la muerte en sus diferentes aspectos, parece remota... Una boda no hace un matrimonio. Una boda simplemente hace posible un matrimonio.
>
> Algunas de las dimensiones del misterio pascual que son parte de la ceremonia, son expresadas, explícitamente, tanto en las promesas como en el intercambio de consensos. Hay tres

preguntas que se hacen a una pareja al inicio de la celebración, preguntas que tienen que ver con la libertad, la fidelidad y los hijos (RM, 44), y cada una de ellas es, en realidad, una invitación a una forma de muerte personal en pro de una nueva vida: "¿Han venido aquí libremente y sin reservas a entregarse mutuamente en matrimonio?". La pareja es invitada a declarar, ante todos los presentes, que han elegido unirse, libremente y sin reservas. "¿Están ustedes dispuestos a amarse y honrarse mutuamente por el resto de sus vidas?". Al jurar fidelidad, la pareja acepta la muerte que implica el escoger a una persona y la clausura de las otras opciones. "¿Aceptan ustedes, amorosamente, los niños que Dios les dé?" Se les pide a las parejas que hagan una promesa pública de que el mundo que ellos comparten, esté radicalmente abierto a otros, para que la muerte de su ego que se convierte en "nosotros", no se convierta, simplemente, en el mundo cerrado de "dos personas egocéntricas".

En el consentimiento también se expresa un ritmo de muerte y resurrección: mejor y peor, enfermedad y salud, pobreza y riqueza (#45). El intercambio del consentimiento hace mención de algunas de las maneras en que el misterio pascual toca la vida de las parejas. Las metáforas de salud y prosperidad y la pérdida de ellas, son sólo eso, metáforas del ritmo de nuestros días; de trastos sucios y agendas de trabajo; de niños que alimentar y autos que necesitan servicio; de los miles detalles de la vida, grandes y pequeños, que constituyen el mantenimiento de esa promesa. Esto sin decir nada de las crisis que se convierten en los retos más grandes para mantener la promesa: los momentos de duelo y pérdida, las enfermedades graves y los infortunios financieros.

¿Pero cómo es esto posible? El mantenimiento de las promesas es la manera en la que el yo viejo se transforma en algo liviano, generoso, bueno y para el otro. Una pareja dijo: "Creo que encontramos mucho de nuestra identidad en el misterio pascual, en la muerte y resurrección y en esa clase de ritmo de vida. Por eso elegimos celebrar nuestro matrimonio en una Eucaristía. Es ahí donde hemos encontrado nuestra más profunda identidad.

El cuidado y el apoyo del uno hacia el otro, de los hijos e hijas, de sus padres, d familiares y amigos, y de la comunidad de la Iglesia son vitales para las pa comprometidas y para las parejas casadas. Esto es particularmente necesario para posible que las parejas comprometidas evalúen su disponibilidad y preparación pa matrimonio y para apoyar y animar a las parejas casadas a que vivan en la esperanz les fue prometida en su unión. Este apoyo se manifiesta al compartir experiencias, c y sabiduría que nutren los sueños y cristalizan la realidad del amor de la pareja.

La participación en el compromiso de otorgar cuidado y apoyo a las pa comprometidas y casadas representa un gran reto para la Iglesia. Es, al mismo tie una oportunidad para construir relaciones, presentar de forma sensible la visión c Iglesia tiene del matrimonio, participar en la celebración gozosa de las boc profundizar en el vínculo permanente con las parejas a lo largo de su vida matrimonia

Cada persona que esté casada, considerando casarse, preparándose para el matrin o luchando por mantenerse casada, debería tener la motivación, el cuidado y el apo la comunidad de fe. Cada persona que forma parte del Cuerpo de Cristo es una fuer ello. Para lograr esto, la Iglesia local ofrece dirección a través de estas *Guías Past para el Matrimonio Cristiano.*

El matrimonio es comunal, y se necesita toda la "comunidad" para echarlo a andar. la comunidad donde un hombre y una mujer se elige mutuamente, es en la comu donde viven su propósito de ser un sacramento, y es en la comunidad, con la grac Dios, que ellos son sostenidos, animados y protegidos.

Como Misterio Pascual y como el "sacramento de mayor importancia de la voc adulta", el matrimonio cristiano sirve a la pareja, a su familia y a la comunidad ente propósito de este documento es no sólo el de ayudar a enfrentar los retos para re preservar y proteger el matrimonio, sino también el de asir las magníficas oportunic de evangelizar al mundo a través del Sacramento del Matrimonio.

Este documento busca ser una herramienta pastoral para todos aquellos que intera con el matrimonio, en sus diferentes etapas: formación, preparación, celebraci educación continua. Se espera que este esfuerzo intencional ayude a la Iglesia a se bendición para el matrimonio, y al matrimonio a ser una bendición para la Iglesia.

¿Qué es el matrimonio cristiano?

El matrimonio es el misterio de la unión de un hombre y de una mujer que deciden comprometerse “libremente y sin presiones”, de por vida.

El matrimonio es ante todo una realidad humana universal: el amor entre dos personas y el deseo de fundar un hogar.

Ratificado por la sociedad, el matrimonio es un acto importante que debe exigir reflexión y preparación. Es una elección libre que supone el amor mutuo, el deseo de comprometerse de por vida en el mismo camino.

La vocación al matrimonio responde al proyecto de Dios sobre el hombre y la mujer que están hechos a su imagen y semejanza. El sacramento se funda en el intercambio de los consentimientos: darse, pero recibir también el uno de la otra la alianza en Cristo y ser signo del amor de Cristo por su Iglesia.

Unión que nada podrá destruir en la tierra. La gracia del sacramento se manifiesta plenamente en la duración. En la alegría o en la prueba, en el entusiasmo o en las horas bajas, la fidelidad al otro /a, en el compromiso tomado, se sostiene todo por la fidelidad de Dios, que se compromete y no se echa atrás en su palabra.

Así la fidelidad de los esposos se convierte en signo del amor y de la fidelidad de Dios.

Al saber que la fidelidad, el respeto, el perdón y el diálogo son bienes comunes, los esposos fundamentan su amor en la oración y los sacramentos. Cooperan en la obra del Creador acogiendo y educando humanamente y en la

fe a los hijos que puedan nacer de su don mutuo. La fecundidad de los esposos se manifiesta también por la apertura a los demás. El matrimonio es el camino de la santificación a través de las circunstancias y de los acontecimientos de la vida familiar.

El amor – un camino para la vida

Cada uno se modifica bajo la influencia de la vida, y debemos adaptar sin cesar nuestra visión ante un objetivo cambiante.
A veces, es un largo camino a través de la vida que llamamos nuestro sueño.

Dos enamorados se conocen mutuamente y por una vía que penetra profundamente en sí para alcanzar al otro /a. Pero los dos son seres vivos inacabados, inexplorados, infinitos.

También el amor puede durar, se instruye sin cesar. Hacen falta muchos años para aprender algunas palabras de amor.
Extracto de un texto de Jacques Chardonne. El amor es nuestra vocación. Es bueno amar: pues el amor es difícil. El amor de un ser humano para otro /a, es quizá la prueba más difícil para cada uno de nosotros, es el testimonio más alto de nosotros mismos; la obra suprema de la que todas las demás son sólo preparación. (…)

El amor no es ante todo darse, unirse. El amor es la ocasión única de madurar, tomar forma, devenir a sí mismo un mundo para el amor del ser amado. Es una alta exigencia, una ambición sin límite, que hace del que ama un elegido a la larga.

El romanticismo del año 2000 fue y será el del amor en el matrimonio. El amor duradero es un desafío en el clima exótico actual. Es su carácter provocador, loco, irracional el que le hace cambiar. Hacen falta puntos fijos que sean posiciones no de repliegue sino de partida. El amor duradero es una fidelidad liberadora, un fundamento fecundo, una prudencia o sabiduría loca.
No he encontrado nada hasta aquí con mayor sabor a eterno.

El matrimonio, camino de santidad

El objeto preciso de este billete es intentar aclarar en qué voy a emplear mi vocación cuando se trata del matrimonio y lo que significa en el vocabulario cristiano: un pueblo de llamados…

Hay que volver al recorrido de los hombres que el Señor llama a lo largo y ancho de la Biblia.
Cuando es cuestión de pareja, la referencia mayor es la de la primera narración de la creación. "Dios creó al hombre a su imagen, a imagen suya lo creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: "sed fecundos y prolíficos, llenad la tierra y dominadla." (Gn 1, 27-28). En el capítulo 12 del Génesis, la Biblia habla de la: "vocación de Abraham". En efecto, Abraham es el primer llamado de la larga historia de la salvación.

Desde entonces, la Sagrada Escritura menciona, en todas las etapas principales, la intervención de Dios que elige hombres según su corazón, para preparar la salvación en Jesucristo.

La llamada es a menudo personalizada. Moisés recibe así la misión de conducir al pueblo de Dios a la Tierra Prometida; después de la Alianza en el monte Sinaí la Tablas de la Ley con el Decálogo le son confiadas.

En fin, según el bello árbol de Jesé, el fruto de este recorrido del pueblo de la alianza será María, la madre de Jesús. María por su “fiat”, su sí en Nazaret, responde a la llamada del mensajero de Dios, y consiente en la acción del Espíritu Santo que la toma bajo su sombra.

En su persona, María concluye la revelación de la ternura de Dios para su pueblo y para todos los hijos de los hombres. El Señor llama a cada uno por su nombre. …en el misterio de la Alianza.

Todo cristiano es llamado a participar en la nueva alianza con el Cristo vivo. Esta relación con el Señor respeta perfectamente su condición de persona a imagen de Dios y por tanto su libertad. El Señor no sabría destruir su propia
Obra de creación.

Cada uno, en el ejercicio de su libertad, eligió su camino buscando el proyecto creador de Dios sobre él. "Que tu voluntad se haga": esta invocación de Nuestro Padre no aliena de ninguna manera mi libertad personal si he comprendido que el camino de la felicidad pasa por el crecimiento creador de mi libertad, de mi consentimiento activo y del proyecto de Dios.

"Dios es más grande que nuestro corazón" (1 Jn 3, 20). El recorrido de nuestra vida es justamente esta obra creadora:

dejar crecer nuestro corazón con la fuerza del amor al modo de Jesús. Por el camino del matrimonio, los esposos pueden crecer juntos en su corazón. Este crecimiento permite que el matrimonio “llegue a ser” vocación, que sea vivida por los esposos como una vocación a la santidad por y en el matrimonio.

Cuatro dimensiones del matrimonio

Para entrar en el matrimonio y ver en él una vocación, es decir, una llamada dirigida a una persona, voy a intentar detenerme en una iglesia. Edificio edificado por el amor.

Enmarcando los batientes muy abiertos se levanta el pórtico, que es la libertad, el primer cimiento del matrimonio. En efecto, nadie entrará si no es libremente; ninguno de los sacramentos que propone la Iglesia para la vida cristiana no puede darse en la opresión: presión afectiva de la familia, sentimiento de obligación debido a la situación social, sentido de convenciones.

La nave que se recorre para ir al centro del edificio, en el coro en el que Dios espera la palabra creadora que hará de dos personas una pareja, esta avenida principal que se dirige recta hacia el sol naciente, es el compromiso que se pide siempre. El matrimonio es de por sí indisoluble; no lo es por decisión humana para encerrar a la nueva pareja en lo irremediable, lo es porque Dios lo hace nuevo a través de la palabra de los esposos y trata de modo definitivo.

Igualmente, el bautismo o la confirmación que no se pueden borra de su vida, y lo mismo el sacramento de la reconciliación que afirma que

"tus pecados se perdonan" y no hay que volver y darle vueltas de si se han perdonado o no.

Desde que existen peregrinaciones, un deambulatorio rodea las iglesias; en mi propósito está la imagen de la fidelidad que da al altar la forma y la luz; fidelidad en la pareja que comienza por una fidelidad a sí misma; la divagación no puede ser una elección de vida duradera; fidelidad que es un respeto de sí en todas sus dimensiones, pero también del otro/ a en el amor y la confianza que se le da y la confianza que se le concede, y un respeto del compromiso común que se ha decidido juntos. Si el deambulatorio despliega capillas luminosas, todo será más rico y atractivo: capillas de la fidelidad de la pareja con sus amigos, hijos y familia.

En muchas iglesias, alrededor de la nave principal hay naves laterales que pueden representar los frutos de la unión conyugal;

El cuarto cimiento es la apertura a la vida, la fecundidad en acoger; serán los hijos, frutos cuya variedad equilibran a la pareja, como la naves laterales dan amplitud y estabilidad al edificio: vidas entregadas en la carne, vidas acogidas por adopción para parejas probadas por el dolor de la esterilidad, vida recibidas según los talentos recibidos y reconocidos y llevados a la práctica con audacia y valor.

A menudo estatuas ofrecen al visitante el testimonio de la historia del pueblo de Dios; igualmente, los amigos jalonan la historia de su alianza, las amistades que la vida del hogar ha hecho nacer, sus

Testigos de vida.

Lo propio de una vocación es reconocer dónde nos aguarda Dios y en qué felicidad quiere que nos comprometamos y le demos gracias. En el matrimonio Dios manifiesta que la alianza que quiere concluir con la humanidad, es el camino de la vida y de la salvación.

Los que responden a una vocación construirán una basílica o una modesta capilla, poco importa su volumen y su apariencia exterior, sino que la construcción será constantemente respaldada por estas cuatro dimensiones fundamentales que harán de ella la belleza y la durabilidad.

LO QUE NOS DICE LA PALABRA DE DIOS...

Muy Santo Padre, uno de los problemas a los que estamos más confrontados es el problema afectivo. Tenemos a menudo dificultades en amar. Sí, dificultades: pues es fácil confundir el amor con el egoísmo, en particular hoy, donde una gran parte de los medios de comunicación social nos impone casi una de la sexualidad individualista, en donde parece permitido y autorizado en el nombre de la libertad y de la conciencia de las personas.

La familia fundada en el matrimonio parece en adelante ser sólo una invención de la Iglesia, sin hablar de las relaciones antes del matrimonio, cuya prohibición es incluso para un gran número de nosotros, creyentes, como una cosa incomprensible o fuera del tiempo... Al saber que un gran número de nosotros intentan vivir su vida afectiva de modo responsable, ¿podría explicarnos lo que la Palabra de Dios dice a este propósito? Gracias.

Se trata de una cuestión importante y responder a ella en algunos minutos no es posible, pero voy a intentar decir algo. Vosotros mismos habéis aportado ya respuestas cuando habéis dicho hoy: el amor es a menudo mal interpretado en la medida en que es presentado como una experiencia egoísta mientras que en realidad, se trata de un abandono de sí que permite encontrarse.

Igualmente habéis dicho que una cultura del consumo falso de nuestra vida en razón de un relativismo que lo permite todo, es una realidad que nos hace caer en el vacío.
Pero entonces, escuchemos la Palabra de Dios a este propósito.

Por mi parte, encuentro muy bello que desde las primeras páginas de las sagradas Escrituras, inmediatamente después de la narración de la Creación del hombre, encontramos la definición del amor y del matrimonio. El autor sagrado nos dice: Así pues, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y serán los dos una sola carne, una sola, existencia".

Estamos en el inicio y encontramos ya una profecía de lo que es el matrimonio; y esta definición permanece idéntica en el Nuevo Testamento. El matrimonio significa seguir al otro / en el amor y el futuro en una sola existencia, una sola carne, y por tanto inseparables; una nueva existencia que nace en comunión de amor, que une y crea así igualmente el futuro. Los teólogos de la Edad Media, al interpretar esta afirmación que se encuentra al inicio de la Biblia, dijeron que el matrimonio fue el primero de los siete Sacramentos instituidos por Dios,
Al haberlo instituido en el momento de la creación, en el Paraíso, al comienzo de la historia, y antes de la historia humana.

Se trata de un sacramento del Creador del universo, y por tanto inscrito precisamente en el ser humano, que está orientado hacia este camino, en el cual el hombre abandona a sus padres y se une a su mujer para formar una sola carne,
Para que los dos lleguen a ser una sola existencia. El sacramento del matrimonio no es una invención de la Iglesia, ha sido realmente co-creado con el hombre en cuanto tal, en tanto que fruto del dinamismo del amor, en el que el hombre y la mujer se encuentran mutuamente y se
encuentran igualmente con el Creador que los ha llamado al amor.

Es verdad que el hombre cayó y fue expulsado del Paraíso, o, en otras palabras más modernas, es verdad que todas las culturas se han

manchado con el pecado por errores del hombre en su historia, y así, el designio inicial inscrito en nuestra naturaleza aparece oscurecido.

En efecto, en las culturas humanas, encontramos esta oscuridad del designio original de Dios.

En el mismo tiempo, sin embargo, observando las culturas, toda la historia cultural de la humanidad, constatamos igualmente que el hombre nunca ha podido olvidar este designio que existe en la profundidad de su ser.

Supo siempre, en un cierto sentido, que las otras formas de relaciones entre el hombre y la mujer no se correspondían con el designio original de su ser. Y así, en las culturas, espacialmente en las grandes, constatamos siempre que se orientan hacia esta realidad, la monogamia, el hombre y la mujer que forman una sola carne. Así, es en la fidelidad que puede dar lugar a una nueva generación, que puede seguirse en la tradición cultural, que se renuevan y se realizan en la continuidad, un progreso auténtico.

El Señor, que ha hablado de eso por la lengua de los profetas de Israel, evocando el permiso de divorciarse por parte de Moisés, dijo: "Fue por la dureza de vuestro corazón". Después del pecado, el corazón se convirtió en duro, pero ese no era el designio de Dios y los profetas han insistido más claramente sobre este tema original. Para renovar al hombre, el Señor- aludiendo a las voces proféticas que han conducido siempre a Israel hacia la claridad de la monogamia- para vivir esta vocación, con un corazón nuevo, en lugar de un corazón de piedra — como dijo Ezequiel — necesitamos un corazón de carne, verdaderamente humano.

Y el Señor, en el Bautismo, mediante la fe, " nos injerta un corazón nuevo. No se trata de un injerto físico, pero podemos servirnos precisamente de esta comparación: después del injerto, es necesario que el organismo reciba cuidados, se beneficie de medicamentos necesarios para poder vivir con su corazón nuevo, para que sea "su corazón", y no el "corazón de otro".

En este "injerto espiritual", donde el Señor nos ofrece un corazón nuevo, un corazón abierto al Creador, a la vocación de Dios, tenemos muchas más necesidades de tratamientos adecuados, para poder vivir con este corazón nuevo; hay que recurrir a medicamentos adaptados para que devenga verdaderamente "nuestro corazón". Al vivir así en la comunión con Cristo, con la Iglesia, el nuevo corazón es realmente "nuestro corazón" y el matrimonio es posible. El amor exclusivo entre un hombre y una mujer, la vida a dos proyectada por el Creador es posible, incluso si el clima de nuestro mundo la hace difícil, hasta imposible.

El Señor nos da un corazón nuevo y debemos vivir con este corazón nuevo, empleando las terapias oportunas para que sea realmente "la nuestra". Así es como vivimos según los designios que nos ha dado el Creador y engendrarnos a una vida verdaderamente dichosa. En efecto, podemos verlo igualmente en este mundo, a despecho de otros numerosos modelos de vida: existen tantas familias cristianas que viven con fidelidad y alegría y el amor indicados por el Creador, y es así como se desarrolla una nueva humanidad.

Y en fin, añadiría: todos sabemos que para alcanzar un objetivo en deporte y al nivel profesional, la disciplina y los sacrificios son necesarios. Pero todo eso es luego coronado por el éxito, por haber logrado un objetivo deseado. De este modo, la vida misma, es decir, llegara ser hombres según el designio de Jesús, exige sacrificios; sin embargo, no se trata de una cosa negativa, al contrario, ayudan a vivir como hombres con un verdadero corazón nuevo, a vivir una vida realmente humana y feliz. Dado que existe una cultura del consumo que quiere impedirnos vivir según el designio del Creador, debemos tener el valor de crear islotes, oasis, después grandes terrenos de cultura católica, en los cuales se ve el designio del Creador. Esta cuestión ha sido planteada al Santo Padre con motivo del encuentro de los jóvenes de Roma para preparar las Jornadas Mundiales de la juventud 2006 en las diócesis.

SANTA MISA DE BEATIFICACIÓN

DEL MATRIMONIO LUIS Y MARÍA BELTRAME

QUATTROCCHI

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 21 de octubre de 2001

"Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" (*Lc* 18, 8).

La pregunta, con la que Jesús concluye la parábola sobre la necesidad de orar "siempre sin desanimarse" (*Lc* 18, 1), sacude nuestra alma. Es una pregunta a la que no sigue una respuesta; en efecto, quiere interpelar a cada persona, a cada comunidad eclesial y a cada generación humana. *La respuesta debe darla cada uno de nosotros*. Cristo quiere recordarnos que la existencia del hombre está orientada al encuentro con Dios; pero, precisamente desde esta perspectiva, se pregunta si a su vuelta encontrará almas dispuestas a esperarlo, para entrar con él en la casa del Padre. Por eso dice a todos: "Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora" (*Mt* 25, 13).

Queridos hermanos y hermanas, amadísimas familias, hoy nos hemos dado cita para la *beatificación de dos esposos*: Luis y María Beltrame Quattrocchi. Con este solemne acto eclesial queremos poner de relieve *un ejemplo de respuesta afirmativa a la pregunta de Cristo*. La respuesta la dan *dos esposos*, que vivieron en Roma en la primera mitad del siglo XX, un siglo durante el cual la fe en Cristo fue sometida a dura a prueba. También en aquellos años difíciles los esposos Luis y María *mantuvieron encendida la lámpara de la fe - lumen Christi*- y la transmitieron a sus cuatro hijos, tres de los cuales están presentes hoy en esta basílica. Queridos hermanos, vuestra madre escribió estas palabras sobre vosotros: "Los educábamos en la fe, para que conocieran a Dios y lo amaran" (*L'ordito e la trama*, p. 9). Pero vuestros padres también transmitieron esa llama viva a sus amigos, a sus conocidos y a sus compañeros. Y ahora, desde el cielo, la donan a toda la Iglesia.

Juntamente con los parientes y amigos de los nuevos beatos, saludo a las autoridades religiosas que participan en esta celebración, comenzando por el cardenal Camillo Ruini y los demás señores cardenales, arzobispos y obispos presentes. Saludo asimismo a las autoridades civiles, entre las cuales destacan el presidente de la República italiana y la reina de Bélgica.

No podía haber ocasión más feliz y más significativa que esta para celebrar el *vigésimo aniversario de la exhortación apostólica " "*. Este documento, que sigue siendo de gran actualidad, además de ilustrar el valor del matrimonio y las tareas de la familia, impulsa a un compromiso particular en el camino de santidad al que los esposos están llamados en virtud de la gracia sacramental, que "no se agota en la celebración del sacramento del matrimonio, sino que acompaña a los cónyuges a lo largo de toda su existencia" (, 56). La belleza de este camino resplandece en el testimonio de los *beatos Luis y María*, expresión ejemplar del pueblo italiano, que tanto debe al matrimonio y a la familia fundada en él.

Estos esposos vivieron, a la luz del Evangelio y con gran intensidad humana, *el amor conyugal y el servicio a la vida*. Cumplieron con plena responsabilidad la tarea de colaborar con Dios en la procreación, entregándose generosamente a sus hijos para educarlos, guiarlos y orientarlos al descubrimiento de su designio de amor. En este terreno espiritual tan fértil surgieron vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que demuestran cómo el matrimonio y la virginidad, a partir de sus raíces comunes en el amor esponsal del Señor, están íntimamente unidos y se iluminan recíprocamente.

Los beatos esposos, inspirándose en la palabra de Dios y en el testimonio de los santos, vivieron *una vida ordinaria de modo extraordinario*. En medio de las alegrías y las preocupaciones de una familia normal, supieron llevar una existencia *extraordinariamente rica en espiritualidad*. En el centro, la Eucaristía diaria, a la que se añadían la devoción filial a la Virgen María, invocada con el rosario que rezaban todos los días por la tarde, y la referencia a sabios consejeros espirituales. Así supieron acompañar a sus hijos en el discernimiento vocacional, entrenándolos para valorarlo todo "de tejas para arriba", como simpáticamente solían decir.

3. La riqueza de fe y amor de los esposos Luis y María Beltrame Quattrocchi es una demostración viva de lo que el concilio Vaticano II afirmó acerca de *la llamada de todos los fieles a la santidad*, especificando que los cónyuges persiguen este objetivo *"propriam viam sequentes",* "siguiendo su propio camino" (, 41). Esta precisa indicación del Concilio se realiza plenamente hoy con *la primera beatificación de una pareja de esposos*: practicaron la fidelidad al Evangelio y el heroísmo de las virtudes a partir de su vivencia *como esposos y padres.*

En su vida, como en la de tantos otros matrimonios que cumplen cada día sus obligaciones de padres, se puede contemplar la manifestación sacramental del amor de Cristo a la Iglesia. En efecto, los esposos, "cumpliendo en virtud de este sacramento especial su deber matrimonial y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, con el que toda su vida está impregnada por la fe, la esperanza y la caridad, se acercan cada vez más a su propia perfección y a su santificación mutua y, por tanto, a la glorificación de Dios en común" *(* , 48).

Queridas familias, hoy tenemos una singular confirmación de que el camino de santidad recorrido juntos, como matrimonio, es posible, hermoso y extraordinariamente fecundo, y es fundamental para el bien de la familia, de la Iglesia y de la sociedad.

Esto impulsa a invocar al Señor, para que sean cada vez más numerosos los matrimonios capaces de reflejar, con la santidad de su vida, el "misterio grande" del amor conyugal, que tiene su origen en la creación y se realiza en la unión de Cristo con la Iglesia (cf. *Ef* 5, 22-33).

4. Queridos esposos, como todo camino de santificación,

también el vuestro es difícil. Cada día afrontáis *dificultades y*

pruebas para ser fieles a vuestra vocación, para cultivar la armonía conyugal y familiar, para cumplir vuestra misión de padres y para participar en la vida social.

Buscad en la palabra de Dios la respuesta a los numerosos interrogantes que la vida diaria os plantea. San Pablo, en la segunda lectura, nos ha recordado que "toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir y para educar en la virtud" (*2 Tm* 3, 16). Sostenidos por la fuerza de estas palabras, juntos podréis insistir con vuestros hijos "a tiempo y a destiempo", reprendiéndolos y exhortándolos "con toda comprensión y pedagogía" (*2 Tm* 4, 2).

La vida matrimonial y familiar puede atravesar también *momentos de desconcierto*. Sabemos cuántas familias sienten en estos casos la tentación del desaliento. Pienso, en particular, en los que viven el drama de la separación; pienso en los que deben afrontar la enfermedad y en los que sufren la muerte prematura del cónyuge o de un hijo. También en estas situaciones se puede dar un gran testimonio de fidelidad en el amor, que llega a ser más significativo aún gracias a la purificación en el crisol del dolor.

5. Encomiendo a todas las familias probadas a la providente

mano de Dios y a la protección amorosa de María, modelo sublime de esposa y madre, que conoció bien el sufrimiento y la dificultad de seguir a Cristo hasta el pie de la cruz. Amadísimos esposos, que jamás os venza el desaliento: la gracia del sacramento os sostiene y ayuda a *elevar continuamente los brazos al cielo*, como Moisés, de quien ha hablado la primera lectura (cf. *Ex* 17, 11-12). La Iglesia os acompaña y ayuda con su oración, sobre todo en los momentos de dificultad.

Al mismo tiempo, pido a todas las familias que *a su vez sostengan los brazos de la Iglesia*, para que no falte jamás a su misión de interceder, consolar, guiar y alentar. Queridas familias, os agradezco *el apoyo que me dais también a mí* en mi servicio a la Iglesia y a la humanidad. Cada día ruego al Señor para que ayude a las numerosas familias heridas por la miseria y la injusticia, y acreciente la civilización del amor.

6. Queridos hermanos, la Iglesia confía en vosotros para afrontar los desafíos que se le plantean en este nuevo milenio. Entre los caminos de su misión, "la familia es el primero y el más importante" (*Carta a las familias*, 2); la Iglesia cuenta con ella, llamándola a ser "un verdadero sujeto de evangelización y de apostolado" (*ib.*, 16).

Estoy seguro de que estaréis a la altura de la tarea que os aguarda, en todo lugar y en toda circunstancia. Queridos esposos, os animo a *desempeñar plenamente vuestro papel y vuestras responsabilidades*. Renovad en vosotros mismos el impulso misionero, haciendo de vuestros hogares lugares privilegiados para el anuncio y la acogida del Evangelio, en un clima de oración y en la práctica concreta de la solidaridad cristiana.

Que el Espíritu Santo, que colmó el corazón de María para que, en la plenitud de los tiempos, concibiera al Verbo de la vida y lo acogiera juntamente con su esposo José, os sostenga y fortalezca. Que colme vuestro corazón de alegría y paz, para que alabéis cada día al Padre celestial, de quien viene toda gracia y bendición.

Amén.

Luigi y María Beltrame: Primer matrimonio beatificado

Un abogado del Estado y una profesora han subido juntos a los altares igual que lo hiceran a la basílica romana de Santa María Mayor el 25 de noviembre de 1905 para contraer matrimonio. Juan Pablo II ha manifestado su alegría pues, «por primera vez dos esposos llegan a la meta de la beatificación». Luigi (1880-1951) y María (1884-1965) Beltrame Quattrochi, originarios de Roma, fueron un matrimonio feliz.

María era profesora y escritora de temas de educación, comprometida en varias asociaciones (Acción Católica, Scout, etc.). Luigi fue un brillante abogado que culminó su carrera siendo vice-abogado general del Estado italiano. Estuvieron casados durante cincuenta años y tuvieron cuatro hijos: Filippo (hoy padre Tarcisio), nacido en 1906; Stefania (sor Maria Cecilia), nacida en 1908 y fallecida en 1993; Cesare (hoy padre Paolino), nacido en 1909; y

Enrichetta, la menor, que nació en 1914. Dos de ellos, Filippo y Cesare, se encontraban entre los sacerdotes que concelebraron la Misa de beatificación con el Papa. La tercera, Enrichetta, se sentaba entre los peregrinos que llenaron hasta los topes el templo más grande de la cristiandad.

El Papa subrayó que la primera beatificación de un matrimonio llega justo «en el vigésimo aniversario de la exhortación apostólica «Familiaris Consortio», que puso de manifiesto el papel de la familia, particularmente amenazado en la sociedad actual». Recién licenciado en Derecho, el joven siciliano tuvo la suerte de descubrir a una muchacha florentina alegre y decidida, que no dudaría en ejercer como enfermera voluntaria en la guerra de Etiopía y en la Segunda Guerra Mundial. Luigi y María eran una familia acomodada y a la vez generosa, que supo acoger en su casa romana a muchos refugiados durante el último gran conflicto y organizar grupos de «scouts» con muchachos de los barrios pobres de Roma durante la postguerra.

Pero eran, sobre todo, una pareja normal -con las aficiones típicas de la clase media romana desde la política hasta la música-, que se apoyaban el uno en el otro para sacar adelante a sus cuatro hijos. Por su cargo de abogado del Estado, Luigi conoció a los grandes políticos de la postguerra mientras que María fue profesora y escritora. No fundaron ninguna orden religiosa, ni tuvieron experiencias místicas, pero convirtieron su trabajo en servicio habitual a los demás y volcaron todo su cariño en la vida familiar hasta la muerte de Luigi, en 1951 y de María en 1965. La santidad de ambos creció en pareja pues, de hecho, antes de casarse, Luigi Beltrame

Quattrocchi no vivía su fe cristiana con especial fervor.

La vocación religiosa prendió, en cambio, muy pronto en sus cuatro hijos, tres de los cuales viven todavía y acudirán mañana a la ceremonia en la Plaza de San Pedro. Según Tarsicio, sacerdote diocesano de 95 años, «nuestra vida familiar era muy normal» mientras que Paolino, padre trapense de 92 años, recuerda «el ambiente ruidoso y alegre de nuestra casa, sin beaterías o ñoñerías». Enrichetta, que tiene 87 años y se consagró privadamente a Dios, asegura que sus padres no discutieron jamás delante de los hijos. «Es lógico que hayan tenido divergencias, pero nosotros nunca las vimos. Los problemas los resolvían hablando entre ellos».

El heroísmo de la pareja se puso a prueba cuando esperaban a Enrichetta, la última de sus dos hijas, y los médicos diagnosticaron una complicación gravísima que aconsejaba abortar. Uno de los mejores ginecólogos de Roma les dijo que las posibilidades de supervivencia de la madre eran de un 5 por ciento, pero ambos prefirieron arriesgar. Enrichetta nació en 1914 y agradece a sus padres «aquel acto de heroísmo cristiano».

Los dos nuevos beatos, explicó el Papa durante la homilía de la beatificación, vivieron «una vida ordinaria de manera extraordinaria». «Entre las alegrías y las preocupaciones de una familia normal, supieron realizar una existencia extraordinariamente rica de espiritualidad. En el centro, la eucaristía diaria, a la que se añadía la devoción filial a la Virgen María, invocada con el Rosario recitado todas las

noches, y la referencia a sabios consejos espirituales».

«Estos esposos vivieron a la luz del Evangelio y con gran intensidad humana el amor conyugal y el servicio a la vida --añadió el Santo Padre--. Asumieron con plena responsabilidad la tarea de colaborar con Dios en la procreación, dedicándose generosamente a los hijos para educarles, guiarles, orientales, en el descubrimiento de su designio de amor».

En la historia hay otros casos de santidad de matrimonios reconocidos oficialmente por la Iglesia. Es la primera vez, sin embargo, que la ceremonia de beatificación se realiza de manera conjunta. La beatificación se convirtió en el momento culminante de la fiesta de la familia que ha organizado este fin de semana la Iglesia católica en Italia, al cumplirse los veinte años de la publicación de la exhortación apostólica «Familiaris Consortio», el documento sobre la vida matrimonial más importante escrito por Juan Pablo II. En la tarde del sábado anterior, 50 mil personas se habían congregado en la plaza de San Pedro para participar con el obispo de Roma en un encuentro de fiesta, oración y testimonio. El pontífice pidió en esa circunstancia «un decidido salto de calidad en la programación de las políticas sociales» a favor de la familia y volvió a recordar que la familia no puede ser equiparada a otro tipo de formas de convivencia.

La fiesta, sin embargo, quedó algo estropeada por una torrencial lluvia que azotó la plaza de San Pedro con ráfagas violentas. Por este motivo, a última hora, se decidió celebrar la misa en la Basílica del Vaticano. La fachada de Maderno reservó en esos momentos un

espectáculo único: miles de peregrinos, que se resguardaban del aluvión tratándose de cubrir con sillas, entraron en masa mojados hasta los topes en la gran basílica. Al final de la celebración, antes de presidir la oración mariana del «Angelus», Juan Pablo II condenó con palabras durísimas la violencia que ha tenido lugar estos tres últimos días en Belén y presentó a la familia como un signo de esperanza en este mundo atenazado por el miedo a los atentados y la violencia. «La familia, de hecho --dijo--, anuncia el Evangelio de la esperanza con su misma constitución, pues se funda sobre la recíproca confianza y sobre la fe en la Providencia. La familia anuncia la esperanza, pues es el lugar en el que brota y crece la vida, en el ejercicio generoso y responsable de la paternidad y de la maternidad». «Una auténtica familia, fundada en el matrimonio, es en sí misma una "buena noticia" para el mundo», concluyó.

Su hijo Cesare Beltrame Quattrocchi, de 92 años, quien al abrazar la vida religiosa asumió el nombre de Paolino, recuerda con sencillez la figura de sus padres. «Si bien nunca había imaginado que un día serían proclamados santos por la Iglesia, puedo afirmar sinceramente que siempre percibí la extraordinaria espiritualidad de mis padres. En casa, siempre se respiró un clima sobrenatural, sereno, alegre, no beato. Independientemente de la cuestión que debíamos afrontar, siempre la resolvían diciendo que había que hacerlo «de tejas para arriba». Entre papá y mamá se dio una especie de carrera en el crecimiento espiritual. Ella comenzó en la parrilla de salida, pues vivía ya una intensa experiencia de fe, mientras que él era ciertamente un buen hombre, recto y honesto, pero no muy practicante. A través de la vida matrimonial, con la decisiva ayuda de su director espiritual, también él se echó a correr y ambos alcanzaron elevadas metas de

espiritualidad. Por poner un ejemplo: mamá contaba cómo, cuando comenzaron a participar diariamente en la misa matutina, papá le decía «buenos días» al salir de la iglesia, como si sólo entonces comenzara la jornada. De las numerosas cartas que se dirigieron, que hemos podido encontrar y ordenar, emerge toda la intensidad de su amor. Por ejemplo, cuando mi padre se iba de viaje a Sicilia, era suficiente que llegara a Nápoles para que enviara un mensaje, en el que contaba a su mujer lo mucho que la echaba de menos. Este amor se transmitía tanto hacia dentro --durante los primeros años de matrimonio vivían también en nuestro piso los padres de ambos y los abuelos de ella-- como hacia fuera, con la acogida de amigos de todo tipo de ideas y ayudando a quien se encontraba en la necesidad. La educación, que nos llevó a tres de nosotros a la consagración, era el pan cotidiano. Todavía tengo una «Imitación de Cristo» que me regaló mi madre cuando tenía diez años. La dedicatoria me sigue produciendo escalofríos: «Acuérdate de que a Cristo se le sigue, si es necesario, hasta la muerte».

Esta causa de beatificación ha sido también especial por otro motivo: la Congregación para las causas de los santos aceptó un sólo milagro para los dos siervos de Dios. Según revela el postulador -el padre Rossi-, se trata de Gilberto Grossi, un joven que hoy es neurocirujano, pero que en el momento en el que lo experimentó trabajaba en la casa Beltrame Quattrocchi catalogando los escritos de los dos esposos. «Su invocación a Dios por la curación de alteraciones óseas, que con frecuencia le obligaban a permanecer inmóvil, fue dirigida por intercesión de ambos cónyuges», revela el postulador. «Al reconocer su "común intercesión" --concluye el postulador--, podemos decir que los teólogos han subrayado que los esposos no sólo están unidos en una dimensión humana, sino también

espiritual». Rossi explica que «Luigi y María no tenían aparentemente nada de "extraordinario". Lo que les distingue es la "manera extraordinaria" con la que vivieron». «Los dos esposos fueron cristianos convencidos, coherentes y fieles a su propio bautismo; supieron acoger el proyecto de Dios sobre ellos y respetaron su prioridad; fueron personas de gran caridad, entre sí, con los hijos y con el prójimo, promoviendo el bien y la justicia; fueron personas de esperanza, que supieron dar el justo significado de las realidades terrenas, con la mirada puesta siempre en la eternidad». Según el padre Rossi, estos dos nuevos beatos dejan al mundo un «mensaje de esperanza, consuelo y apoyo a la familia cristiana, asaltada hoy por tantos problemas y asediada en sus valores fundamentales, en su ideal, en su configuración genuina».

Cuando se aprobó la causa de beatificación conjunta del primer matrimonio en la historia de la Iglesia, a la Congregación vaticana para las Causas de los Santos le surgió un problema: ¿cuándo se celebrará su fiesta? En general, la fiesta de los beatos y santos suele celebrarse el día de su muerte, día de su abrazo con Dios. ¿Debería celebrarse en fechas diferentes la memoria de Luigi y Maria Beltrame Quattrocchi creando así dos fiestas? Juan Pablo II, que desde hacía años soñaba con poder beatificar a una pareja, tomó entonces una decisión revolucionaria: la fiesta de los dos beatos se celebraría conjuntamente en un mismo día, en el aniversario de su boda. Y dado que Luigi y María contrajeron matrimonio el 25 de noviembre de 1905, en este año se celebra por primera vez su memoria. Por el momento, la fiesta sólo se celebra en Roma, la diócesis de los nuevos beatos, pues la beatificación, que el Papa celebró el pasado 21 de octubre, tiene carácter local. Dado que en este domingo se celebraba Cristo Rey, las parroquias romanas recordarán a sus beatos este lunes. En caso de que sean canonizados,

entonces la fiesta alcanzará un carácter universal.

Tomado de Juan Vicente Boo, corresponsal ABC, 20.X.01, y de Zenit ZS01102106, ZS01102107, ZS01102205, y ZS01112510.